

al estudiantado, sino a toda la sociedad, pues no supone otra cosa que la negación de la realidad y porque como decía Gramsci, hay que perder la costumbre y dejar concebir la cultura como saber enciclopédico en el cual el hombre no se contempla más que bajo la forma de un recipiente que hay que rellenar y apuntalar con datos empíricos, con hechos en bruto e inconexos que él tendrá luego que encasillarse en el cerebro como en las columnas de un diccionario para poder contestar en cada ocasión a los estímulos varios del mundo externo. "No eso no es cultura, sino pedantería; no es inteligencia, sino intelecto y es justo reaccionar contra ello" (2).

La cultura es mucho más, es un útil, un instrumento para la comprensión de la realidad circundante, entre otras cosas porque la transformación de la realidad (sociedad) pasa ineluctablemente por su conocimiento. Máxime en un sector (Ordenamiento Jurídico Laboral) cargado de esoterismo. "Es realmente inaceptable —aunque desde luego comprensible— que la mayor parte del colectivo de los trabajadores no sea capaz de entender mínimamente las obligaciones estatales que fijan sus derechos y obligaciones" (3).

Parte el libro de elevar a categoría central el conflicto industrial, del que serían manifestaciones superestructurales el contrato de trabajo, el convenio

(2) "El grito del Pueblo" 29 de enero de 1976: Rec. M. Sacristán en A. Gramsci. Antología. Siglo XXI.

(3) "Lecciones..."

colectivo y las demás instituciones laborales, explicando, a su vez, el conflicto industrial a través de la relación dicotómica capital/trabajo; relación esta determinante no sólo de la conflictividad laboral, sino también de la social. "No existe por otra parte diferencia cualitativa entre conflicto laboral y conflicto social. El trabajo es factor esencial del conflicto social" (4). En realidad el conflicto industrial no latente (la huelga) es expresión y no consecuencia de la lucha de clases, en origen la causa sería la usurpación de plusvalor por parte de los capitalistas. Usurpación que configura a la sociedad de producción capitalista en clases y condiciona su lucha y las manifestaciones de esta lucha.

Como antiguo estudiante de Derecho puedo captar la sorpresa (ilusionada) del alumno que va a oír en clase hablar de Marx y de los conceptos de plusvalor y concentración capitalista; que va a estudiar en su libro de texto opiniones de maestros, de necesario conocimiento, como Alonso Olea y Bayón Chacón al lado de citas de Nicolás Sartorius; que se le va a explicar el nacimiento y desarrollo de CC. OO., que, en fin, se le va a decir que las actitudes de nuestro empresariado en el orden laboral son: oposición a las reformas legislativas de importancia, resistencia al cumplimiento de la Ley, estilo autoritario, normalidad represiva y excesivo grado de explotación. Como ciudadano no cabe

(4) Ib.

sino alegría al comprobar la existencia de profesores que orientan su obra no solamente a juristas y estudiantes, sino al lector ordinario, comprometido o interesado en el movimiento obrero de nuestro país. De profesores que buscan la identificación de los presupuestos políticos y económicos sobre los que descansa el Derecho del trabajo, que queda definido (Palomeque) como "el cuerpo de principios y normas que tienen por finalidad la integración del conflicto industrial". Para que ustedes me entiendan: el cordón sanitario de la lucha de clases.

No queda más que el agradecimiento a Luis Enrique de la Villa y a Carlos Palomeque, y no sólo por su magnífico trabajo, sino por formar parte de ese colectivo, cada día más numeroso, de profesores del Derecho del trabajo comprometidos con la realidad. Gracias ■ MARCOS PEÑA.

Sawa: Recuperación de un extemporáneo

Mala suerte tuvo en vida el escritor Alejandro Sawa. No la ha tenido mejor después de la muerte. Sus obras son desconocidas. No se habla de ellas. Y cuando esto se hace se hace mal. Un jesuita inquisidor (Garmendia de Otaola) escribe que "sus novelas son rechazables". En un manual de historia de la literatura española se dice que tienen interés sus "Limitaciones en la

sombra", por "Iluminaciones en la sombra", libro publicado al año siguiente de su muerte. Más que por otra cosa, es por este hecho, involuntario y final, por el que ha pasado a la literatura. Alejandro Sawa es el Max Estrella de "Luces de bohemia". Y la escena de su muerte figura también, según algunos, en "El árbol de la ciencia" barojiano. No lo cree así Ildelfonso-Manuel Gil en su razonado trabajo "De Baroja a Valle-Inclán" (publicado en "Valle-Inclán, Azorín y Baroja", Seminarios y Ediciones, hora h, número 66). Baroja hablaría de Sawa en "Juventud, egolatría" y en sus "Memorias". Estas eran las fuentes más conocidas para llegar a un particular conocimiento de Sawa.

Ahora, con la ayuda de la Universidad de Texas, Turner publica un estudio completo y excelente sobre Sawa, su muerte, su vida y su obra. Su autor es el profesor norteamericano Allen W. Phillips, veterano rastreador de la obra valleinclanesca y buen conocedor de aquella época en que vivió el autor de "Luces de bohemia" y murió el que podría ser su protagonista.

Phillips comienza el trabajo con la muerte del escritor, ocurrida en Madrid el año 1909. A ello sigue el relato de su vida azarosa, desde que naciera en Sevilla en 1862 (siempre se sintió andaluz y escribió una vez: "El irreductible andaluz que en mí existe"), viniera a Madrid, pasara una larga temporada en París (por cierto que el hotel Médicis, donde se hospedó, no está en la calle Monsieur-le-Franco, como se dice en el libro, sino en Monsieur-le-Prince), conociera y tratara a Verlaine, volviera a Madrid, para morir en la pobreza y la locura, "extemporáneo en la vida y en el mundo".

Phillips realiza un completo análisis del Sawa periodista y del Sawa novelista ("La mujer de todo el mundo", "Crimen legal", "Declaración de un vencido", "Noche", "La sima de Igúzquiza"). Reconoce en Sawa un escritor enfático (elocuente, le llamó Baroja) y que "hablaba en libro", según Rubén, y ve en algunas de sus páginas "un acento sincero de dolor y de soledad". Acaso el que su paisano Machado (Manuel) expresara en estrofas manriqueñas en su epitafio: "Jamás hombre más nacido/para el placer, fue al dolor/más derecho./Jamás ninguno ha caído/con facha de vencedor/tan deshecho". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

